

No tardó en generalizarse la miseria. Los resultados desmentían diariamente en las diversas industrias las esperanzas concebidas; pero el Gobierno, erre que erre, obstinóse en proseguir la experiencia durante quince años. Al cabo de ese tiempo sobrevino la muerte del Emperador Chen-Tsung, que había permanecido fiel al audaz innovador, a pesar de todo, a despecho de ciertos momentos de duda. La Emperatriz Regente, asustada de los clamores contra Wang-ngan-Ché, desanimada por el fracaso de sus planes, abandonóle y volvió a llamar al anterior Ministro, Ssé-ma-Kuang, hombre igualmente notable, de ánimo fuerte, y resuelto adversario de las reformas de su sucesor. Esta sustitución se realizó de la manera más cortés, porque los dos hombres de Estado habían rivalizado siempre en generosidad uno con otro. Pero apenas separado del poder Wang-ngan-Ché, hundióse de un tirón todo su sistema, y Ssé-ma-Kuang se apresuró a borrar hasta las últimas huellas de él.

Jamás hubo reformador ninguno en condiciones más favorables. Todo lo